MENSAJE DEL SANTO PADRE FRANCISCO A UN CONGRESO INTERNACIONAL EN EL CENTENARIO DEL LLAMAMIENTO «A TODOS LOS HOMBRES LIBRES Y FUERTES» DEL SACERDOTE LUIGI STURZO

Queridos hermanos y hermanas:

Les saludo cordialmente a todos ustedes, participantes en el Congreso Internacional que se celebrará en Caltagirone, el lugar de nacimiento del Siervo de Dios don Luigi Sturzo, con motivo del Centenario del Llamamiento “A todos los hombres libres y fuertes”. Agradezco al Comité de promoción científica y al Comité organizador por haber dado vida a esta valiosa iniciativa, junto con todas las organizaciones, movimientos, asociaciones, instituciones académicas y culturales que están presentes en espíritu de colaboración.

Es una feliz intuición honrar “unidos y juntos” un aniversario tan importante para la historia de Italia y Europa, releyendo con una contribución grande y calificada de ideas, experiencias y buenas prácticas los doce puntos que constituyeron el Programa del Llamamiento, para reflejar su valor y su relevancia y reafirmar su viabilidad entre la gente, a través de un nuevo diálogo cultural y social que se inspire, hoy como ayer, «en los sólidos principios del cristianismo».

Con motivo del Congreso nacional de la Iglesia Italiana, subrayé la importancia de este método, que se basa en los grandes esfuerzos realizados por don Luigi Sturzo y los cristianos laicos de la época, antes de la formulación del “Llamamiento”: «La sociedad italiana se construye cuando sus diversas riquezas culturales pueden dialogar de modo constructivo: la popular, la académica, la juvenil, la artística, la tecnológica, la económica, la política, la de los medios de comunicación […] Acordaos, además, de que el mejor modo para dialogar no es el de hablar y discutir, sino hacer algo juntos, construir juntos, hacer proyectos: no sólo entre católicos, sino juntamente con todos los que tienen buena voluntad». (Florencia, 10 de noviembre de 2015). Me parece que puedo captar estas palabras en su iniciativa y, por lo tanto, los aliento a que continúen en este camino en nombre de la cultura del encuentro y del diálogo que tan importante es para mí.

Este centenario nos brinda la oportunidad de reflexionar sobre la concepción cristiana de la vida social y sobre la caridad en la vida pública de acuerdo con el pensamiento, la vida y las obras del Siervo de Dios don Luigi Sturzo. Para el sacerdote de Caltagirone, la tarea de informar social y políticamente la vida cristiana pertenece sobre todo a los laicos cristianos que, a través de su propio compromiso y la libertad que les pertenece en esta área, llevan a cabo las enseñanzas sociales de la Iglesia, elaborando una síntesis creativa entre fe e historia que encuentra su punto de apoyo en el amor natural vivificado por la gracia divina. En controversia con quienes apoyaron un dualismo entre ética y política, entre el Evangelio y la sociedad humana y limitaron la ley del amor a la vida privada, don Sturzo afirmaba: «La ley del amor no es una ley política; está bien en la iglesia, está bien con las familias, está bien en las relaciones privadas. Es cierto que muchos, hoy en día, incluso cristianos aguados, se presentan como orgullosos censores de quienes se ocupan de la vida pública; y definen la política como una sentina de males, un elemento de corrupción, un desencadenamiento de pasiones; y por lo tanto algo de lo que mantenerse alejado; confunden el mal método con lo que es, en cambio, la participación obligada de los ciudadanos en la vida de su país. Realizar una política buena o mala, desde el punto de vista subjetivo de quien la practica, depende de la rectitud de la intención, de la bondad de los fines que se deben alcanzar y de los medios honestos que se emplean para este fin. Así es como piensan los cristianos de todos los tiempos y de todos los países. Y con este espíritu, el amor al prójimo en la política debe estar en casa y no debe ser excluido como un extraño: ni debe ser expulsado haciéndolo saltar por la ventana, como un intruso. Y el amor al prójimo no consiste en palabras, ni en zalamerías: sino en obras y en verdad (de "*Il Cittadino di Brescia*", 30 de agosto de 1925: *La verdadera vida. Sociología de lo sobrenatural*, Bolonia 1943).

La moralización de la vida pública está vinculada por don Sturzo, sobre todo, a una concepción religiosa de la vida, de la que deriva el sentido de responsabilidad moral y de la solidaridad social. El amor es para él el verdadero vínculo social, el motivo inspirador de toda su actividad. De manera muy original, trató de lograr una "ortopraxis" cristiana de la política, basada en una relación correcta entre la ética y la vida teológica, entre la dimensión espiritual y la dimensión social. En esta perspectiva, es comprensible que don Luigi Sturzo fuera definido por San Juan Pablo II como «un incansable promotor del mensaje social cristiano y un apasionado defensor de las libertades civiles» (*Discurso en la Universidad de Palermo*, 20 de noviembre de 1982: *Insegnamenti* V, 3 [1982] , 1355). Mi venerable predecesor lo indicó como un modelo para los seminaristas y sacerdotes: «La vida, la enseñanza y el ejemplo de don Luigi Sturzo, quien, en plena fidelidad a su carisma sacerdotal, supo infundir no solo a los sicilianos sino a los católicos italianos. el sentido del derecho y el deber de participación en la vida política y social, a la luz de las enseñanzas de la Iglesia: estar presentes e inspirar su apostolado de la evangelización y la promoción humana» (*Discurso a los Obispos de Sicilia en su visita ad Limina Apostolorum*, 11 de diciembre de 1981: *Insegnamenti* IV, 2 [1981], 907).

Luigi Sturzo, antes de ser un estadista, político, sociólogo y erudito versátil, fue un sacerdote obediente de la Iglesia, un hombre de Dios que luchó arduamente para defender y encarnar las

enseñanzas evangélicas, en su tierra de Sicilia, en los largos años de exilio en Inglaterra y en Estados Unidos y en los últimos años de su vida en Roma. En su testamento espiritual, escrito el 7 de octubre de 1958, escribió: «A los que me han criticado por mi actividad política, por mi amor a la libertad, mi apego a la democracia, debo agregar que, a esta vida de batallas y de las tribulaciones no vine de mi voluntad, ni por deseo de propósitos terrenales ni por satisfacciones humanas: he llegado traído por los acontecimientos». Y agregó: «Reconozco las dificultades de mantener intacta la vida sacerdotal de las pasiones humanas y Dios sabe cuánto he amado las experiencias prácticas de los 60 años de esta vida; pero lo he ofrecido a Dios y lo he dirigido todo a su gloria y en todo lo que he intentado cumplir con el servicio de la verdad». Su enseñanza y su testimonio de fe no deben olvidarse, especialmente en un momento en que la política debe ser perspicaz para enfrentar la grave crisis antropológica. Por lo tanto, los puntos centrales de la antropología social sturziana deben recordarse: la primacía de la persona sobre la sociedad, la sociedad sobre el estado y la moral sobre la política; la centralidad de la familia. la defensa de la propiedad con su función social como necesidad de libertad; la importancia del trabajo como el derecho y el deber de todo hombre; la construcción de una paz justa a través de la creación de una verdadera comunidad internacional. Estos valores se basan en el supuesto de que el cristianismo es un mensaje de salvación que está incorporado en la historia, que está dirigido a toda la humanidad y debe influir positivamente en la vida moral, tanto privada como pública.

Cien años después del Llamamiento “A todos los hombres libres y fuertes”, el Congreso celebrado en Caltagirone se refiere a un compromiso creativo y responsable de los cristianos, llamado a interpretar los signos de los tiempos a la luz del Evangelio, para realizar una praxis social y política animada por la fe y vivida como un requisito intrínseco de la caridad. Pienso sobre todo en los jóvenes, que deben participar adecuadamente, para que puedan aportar nuevas pasiones, nuevas competencias, nuevos impulsos al compromiso social y político. Con esta esperanza, espero que sus días de trabajo y reflexión sean fructíferos y produzcan frutos abundantes y duraderos. Les transmito cordialmente mi bendición a todos, pidiéndoles que sigan rezando por mí.

Vaticano, 13 de junio de 2019

Francisco

Copyright © Dicastero per la Comunicazione - Libreria Editrice Vaticana